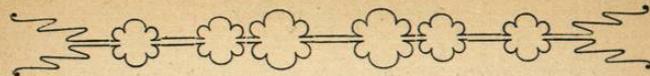


*Todo lo cual me complace comunicarle en nombre de Su Santidad, participándole la sincera estimación con que soy, muy honorable señor, su devoto servidor.*

CARLOS NOCELLA

*Secretario de Su Santidad para las cartas latinas.*

*Roma, 8 Abril 1876.*



## INTRODUCCIÓN

¿Hasta qué punto contribuyó el Cristianismo á la abolición de la esclavitud? Esta pregunta, frecuentemente hecha, se ha contestado ya por la Historia en muchas ocasiones. M. Wallon en lo referente á los primeros siglos, M. Yanoski por lo que respecta á la Edad Media, M. Agustín Cochin y aun otros, entre los cuales figuran en primera línea Mochler, M. Edouard Biot y monseñor Pavy, trazaron el cuadro de los esfuerzos hechos por los cristianos en pro de los esclavos (1). Más que demostraciones, sus libros han sido ejemplos: escritos por plumas cristianas cuando la esclavitud existía aún, allí se encuentran las nobles emociones de la lucha, los ardores generosos de hombres para quienes Evangelio y libertad son palabras sinónimas. Hoy, gracias á Dios, ocurre realmente eso: la libertad reina en todos los pueblos iluminados por el Evangelio; ya no hay esclavos en tierra cristiana. No obstante, el problema de la esclavitud no ha sido aún resuelto. Cierto que no inquieta ya á nadie hoy en día, pero se estudia con ardor en el pasado.

Sin tener para nada en cuenta los sabios y sinceros escritos de cuyos autores he hecho mérito, una escuela histórica ha emprendido la tarea de comprobar ó de disminuir la parte que corresponde al Cristianismo en la abolición de la esclavitud y, en general, en el pro-

(1) Véase una carta de M. Lallier sobre la *Suppression de l'esclavage par le Christianisme* en *Le Correspondant*. t. XXX, 1852, págs. 577-606, y después de la publicación de este libro, las *Lectures on Slavery and Serfdom in Europe*, por el Dr. Broconloro, Obispo católico de Clifton (Londres, 1892).

greso intelectual, moral y social operado desde hace diez y ocho siglos. M. Ernesto Havet se ha colocado al frente de esta escuela con su libro sobre *El Cristianismo y sus orígenes* (1).

No he de intentar la refutación de esta obra apasionada, digna de su autor por el talento que en ella resplandece y por los brillantes trozos de crítica literaria de que está esmaltada, pero en la cual la crítica histórica se muestra, á la vez, muy audaz y muy frágil. Sin embargo, de ella quiero entresacar algunas líneas que se refieren á la cuestión que planteé al principio.

«El mejor ejemplo, dice M. Havet, de las ilusiones de los creyentes está en su obstinación en hacer al Cristianismo y á la Iglesia el honor de considerarles autores de la abolición de la esclavitud, siendo un hecho cierto que la esclavitud antigua subsistió, así bajo el Imperio cristiano como bajo el pagano, que ha alcanzado la Edad Media, que la esclavitud de los negros fué establecida bajo el reinado de la Iglesia y que, á la hora presente el Papado, que condena tan fácil y tan imprudentemente tales cosas no se ha decidido todavía á condenarla. La Iglesia ha reinado por espacio de mil ochocientos años y la esclavitud, la tortura, la educación á fuerza de golpes y muchas otras injusticias, han seguido en pie con la Iglesia y en la Iglesia. En cambio la filosofía libre no ha triunfado hasta nuestros días, á fines del siglo XVIII, y ella lo ha descujado todo casi de golpe (2).»

No tengo para qué hacer constar los errores de detalle que contienen estas palabras; básteme para señalar uno solo, recordar las protestas de los Papas contra el renacimiento de la esclavitud á fines del siglo XV, las bulas de Pío II en 1462, de Pablo III en 1557, de Urbano VIII en 1639, de Benedicto XIV en 1741, citadas en un acto pontifical demasiado reciente para ser olvi-

(1) El primer tomo de esta obra (bastante olvidada hoy) apareció en 1871. Las mismas tendencias se observaban ya, aunque muy atenuadas, en un libro menos conocido y por muchos conceptos más notable, *L' Histoire des theories et des idées morales dans l'antiquité*, de J. Denis (1856).

(2) *Le Christianisme et ses origines*, t. I, Prólogo. pág. XXI.

dato, en una Bula de Gregorio XVI, con fecha 3 de Noviembre de 1839, en la cual se condena la servidumbre y la trata de negros con un vigor verdaderamente apostólico (1).

No. Me concreto aquí solamente á la idea general del pasaje reproducido. Leyéndolo se observa que la cuestión con tanta ligereza resuelta en esas líneas no ha perdido el don de apasionar los espíritus. Es, en efecto, de aquellas cuya solución puede llevar á la apreciación exacta del papel social que desempeña el Cristianismo y del lugar que en este mundo ocupa. Trátase de averiguar si la fuerza que ha roto, eslabón por eslabón, la cadena de la esclavitud tiene su principio en las ideas que él hizo brotar en las inteligencias, en los sentimientos que despertó en los corazones, ó en las costumbres que creó. A mí me parece que la Historia, consultada sin prejuicios ni prevenciones, no vacilará en contestar afirmativamente, demostrando que el Cristianismo ha sido la causa del progreso moral conseguido desde su advenimiento y, principalmente, que sin él la esclavitud, ese pecado original de las civilizaciones antiguas, no hubiera desaparecido del mundo.

La historia de la esclavitud, desde la Era Cristiana, puede dividirse en tres períodos. El primero empieza en los albores de la predicación evangélica y termina con el establecimiento de los Bárbaros sobre las ruinas del Imperio romano. El segundo abarca desde esta fecha hasta aquella otra (algo indeterminada porque no aparece uniforme en todas partes) en que la esclavitud desapareció de las principales comarcas de la Europa civilizada. El tercero se inicia en el lamentable renacimiento de la servidumbre, que proyecta una sombra funesta sobre el descubrimiento del nuevo mundo, coincide con la época en que empezaron á debilitarse los hábitos, las creencias y la constitución

(1) Después de la primera edición de este libro, apareció la Encíclica de León XIII dirigida á los Obispos del Brasil (1888) que recuerda y continúa la serie de estos actos apostólicos, y también con posterioridad ha sido fundada por el Cardenal Lavigerie la Obra antiesclavista

social de la edad media católica, y apenas si terminó ayer.

En todos estos períodos apareció la Iglesia como el más resuelto enemigo de la esclavitud y como el agente más activo y más poderoso de su destrucción. Pero si siempre luchó contra ella, nunca estuvo aislada en la empresa. Después de establecidos los Bárbaros en el Imperio, las nuevas formas políticas impuestas á los pueblos vencidos por los conquistadores germanos, las costumbres de éstos, las tradiciones que trajeron consigo, resultan, á juicio de algunos historiadores, poco favorables al mantenimiento de la esclavitud personal, tal como la practicaron Grecia y Roma, contribuyendo en gran parte todo ello á transformarla en una servidumbre real, verdadera transición entre la esclavitud y la libertad.

A la Iglesia corresponde la dirección de este movimiento y, por tanto, el honor de su resultado, que sólo ella predijo y buscó; pero al prepararlo se apoyó su mano sobre instrumentos más ó menos dóciles y manejables. Lo mismo sucedió con los esfuerzos largos y laboriosos realizados hasta lograr al fin, en la segunda mitad del siglo XIX, la libertad de los últimos esclavos poseídos por amos bautizados. Las diversas comuniones cristianas y, á su cabeza, la Iglesia católica, tomaron parte principal en el movimiento de ideas que preparó esta solución. Los reyes de Francia, de España, de Portugal, así como la Corona protestante de Inglaterra, vendían á compañías el monopolio de la trata de negros, y se asociaban á sus beneficios. Los filósofos callaban. Voltaire cobraba emolumentos de una compañía colonial, Montesquieu sólo se permitía reprobar la esclavitud envolviendo su pensamiento en velos de ironía, mientras que, de luengo tiempo atrás, los Papas elevaban su voz en favor de los indios y de los negros, lanzando sin temor excomuniones contra quienes los reducían á servidumbre.

No obstante, la abolición de la esclavitud moderna no fué en su totalidad debida á las influencias eclesiásticas. Cuando, en los comienzos de este siglo, la conciencia pública despertó, á hombres políticos, á hombres de Estado, cristianos en su mayoría, justo es reconocerlo, saturados todos de las ideas católicas que

en la atmósfera moral flotan hace diez y ocho siglos, fué reservada la gloria de su completa desaparición.

Leyes votadas por asambleas parlamentarias desataron, en las colonias europeas, los lazos de servidumbre que una guerra civil rompió violentamente en los Estados Unidos. Durante la Edad Media, y sobre todo en la época moderna, la acción del Cristianismo sobre la esclavitud, queda, para algunos espíritus superficiales, casi velada en la sombra por los instrumentos de que se sirvió, ó por los aliados voluntarios ó inconscientes con que tropezó; es meramente moral y se sustrae á los que no buscan en la Historia más que fechas y acontecimientos ruidosos. Para apreciar debidamente la naturaleza de esta acción, para medir su eficacia y reconocer su fuerza verdadera, es preciso colocarse en la época en que el Cristianismo y la esclavitud estaban solos frente á frente, sin tener el primero aliados que le secundaran ó protegiesen.

Tal es, precisamente, el período anterior al establecimiento definitivo de los bárbaros en Occidente. La civilización pagana de un lado, la nueva religión de otro, se encontraron entonces cara á cara. Si durante los cinco ó seis primeros siglos de nuestra Era la suerte de los esclavos mejoró, su condición fué transformada, su alma ennoblecida y su libertad futura preparada, este resultado conseguido palmo á palmo, por así decirlo, contra las potencias todas de la sociedad antigua, no puede atribuirse más que á la influencia cristiana, que no recurrió para lograrlo á ningún auxilio ajeno ni á ninguna alianza extraña.

Se la ve luchar á ella sola, y el estudio de los documentos contemporáneos nos dan el regalo de este espectáculo grandioso. Estos documentos nos presentan á la Iglesia, durante los cinco primeros siglos, trabajando sin descanso y sólo con sus propias fuerzas, por la destrucción de la esclavitud. Aún aparece robusta y potente en la mitad del siglo VI; pero esta robustez y esta potencia son las de un árbol cuyas raíces fueron cortadas, y que, por tanto, en día más ó menos próximo, sin necesidad de violenta sacudida, caerá por sí solo. La Edad Media presenció su caída y á ella contribuyó; pero los primeros siglos la habían prepa-

rado, haciéndola inevitable, aunque también dulcificándola de antemano.

Ya queda expuesto, pues, el objeto de este libro. En su primera parte, *La esclavitud romana*, procuro presentar á los ojos del lector la llaga viva con que el Cristianismo se encontró el día que se puso en contacto con la sociedad pagana. En el siglo primero de nuestra Era, la esclavitud se esparcía por doquier y todas las fuerzas sociales parecían heridas de muerte. Había causado enormes perturbaciones en la esfera de las leyes que presiden á la producción y á la distribución de la riqueza; su aliento envenenado había detenido el vuelo de la industria, arruinando la agricultura y, penetrando hasta en las más íntimas profundidades del mundo económico, había alterado la noción misma del trabajo, haciéndole objeto de escarnio y menosprecio. Como consecuencia de este prejuicio, los hombres libres se precipitaron en la ociosidad, y un considerable número de ellos constituyó una nueva carga del Estado. En el orden moral, la influencia deletérea de la esclavitud trajo consigo lesiones no menos profundas; la corrupción descendió de los amos á los esclavos, y subió luego, agravada, de éstos á aquéllos, la facultad de exigirlo todo en los unos y la necesidad de sufrirlo todo en los otros, habían acabado por destruir radicalmente la conciencia moral. En este lamentable cambio de vicios, los lazos de la familia se debilitaron, casi se rompieron por completo, y la mirada inquieta de los políticos midió más de una vez la ruina que amenazaría á la sociedad el día que la poderosa institución de la familia romana dejara de actuar de sostén. Trastorno político, descomposición moral: tal era la situación del mundo servido por los esclavos y sojuzgado por la esclavitud.

Era preciso que ésta se aboliera para que la obra de curación social y de resurrección moral emprendida por el Cristianismo tuviera término feliz. Intento yo analizar los procedimientos empleados por la Iglesia para desarraigá, para descuajar la esclavitud, cerrando al mismo tiempo las heridas por él abiertas, proclamar la igualdad de todos los hombres en Jesucristo, demostrando con ejemplos patentes que á sus ojos no era esto una fórmula huera, sino una realidad viva;

tal fué el primer paso dado por la Iglesia en el camino á cuyo término había de encontrar un día la liberación de los esclavos. La segunda parte de este libro está consagrada á estudiar el gran principio de la *Igualdad cristiana*, y á seguir su aplicación en los hechos. La nueva religión no pidió á la sociedad civil la brusca manumisión de los esclavos, ni pretendió agitar con generosas pero imprudentes palabras una civilización enferma; más circunspecta y más audaz, á la vez, se movió desde el primer día en su esfera propia, como si, en realidad, no existiera la esclavitud. Viósele abrir por igual al amo y al esclavo la puerta de sus templos y darles acceso á sus sacramentos; indiferentemente concedió á uno y otro el honor del sacerdocio y del episcopado y hasta entregó á manos serviles las llaves de San Pedro; viósele llamar sin distinción á esclavos y á hombres libres para combatir por Cristo, ciñendo la frente victoriosa de los unos y de los otros con la santa corona del martirio; ella reveló al sorprendido esclavo que él también había recibido de Dios el derecho, que le negaba la ley pagana, de fundar una familia y de contratar con la esposa elegida una alianza honrada; hizo comprender á todos los cristianos el valor de las almas redimidas por la sangre de Jesucristo y ofreció al mundo el espectáculo novísimo de esclavos llevando á bautizar á sus amos por ellos convertidos y de amos entregando al sacerdote los esclavos en quienes ellos inculcaron la fe. Así, sin commover para nada la sociedad civil, sin alterar las relaciones legales existentes entre los hombres, en las cuales tan importante lugar ocupaba la esclavitud, el Cristianismo creó una sociedad nueva, otro orden de relaciones, en el que la esclavitud quedaba abolida.

A medida que la sociedad civil se dejó influir por la sociedad religiosa, es decir, á medida que el mundo antiguo se convirtió al Cristianismo, estos principios y estas costumbres de igualdad pasaron de la esfera de las ideas y de los sentimientos á la de los hechos externos, pudiéndose entrever en el porvenir el día lejano, pero cierto, en que los hombres habían de reconocer que la igualdad civil y doméstica es consecuencia necesaria de la igualdad religiosa. Pero la Iglesia católica no es sólo la mano que esparce la semilla,

si no también el sol que la hace fructífera. Desde los primeros siglos consagró todos sus esfuerzos á estimular en los hechos las consecuencias lógicas de los principios que había sentado.

La tercera parte de este libro, la *Libertad cristiana*, lleva al lector á considerar las generosas impacencias de la Iglesia. No se contentó con obtener que el amo cristiano tuviera por hermano al esclavo; había que persuadirle de la necesidad de libertarlo. Al fervor del nuevo bautizado, al arrepentimiento del penitente, á los terrores del moribundo, á las lágrimas de los amigos doloridos, propuso la Iglesia como la más meritoria y eficaz de las buenas obras, como aquella cuyos efectos trascienden más allá de la tumba, la limosna de la libertad. El número de los esclavos así manumitidos en los primeros siglos de nuestra Era bajo la influencia del sentimiento cristiano, es incalculable.

La autoridad que los jefes de la sociedad religiosa alcanzaron en los consejos de los príncipes después de la conversión de Constantino, dió una nueva impulsión á este movimiento, consiguiendo que el legislador multiplicase las causas y los medios de libertarse, simplificando sus formas. Al mismo tiempo que exhortaba á los fieles á difundir la libertad en su derredor, la Iglesia se esforzaba en disminuir las fuentes de la esclavitud. Bajo la influencia de una religión que devolvía á la familia su honor y su fuerza, despertando en los corazones los afectos santos, vemos poco á poco secarse la más triste de estas fuentes, ó sea la que se nutría de niños abandonados. En fin, el Cristianismo hizo desaparecer el principal obstáculo para la abolición de la esclavitud, combatiendo desde el primer día de predicación evangélica el prejuicio que llevaba al mundo pagano á menospreciar el trabajo manual como indigno del hombre libre. La rehabilitación del trabajo fué por completo lograda á fines del siglo v; creado entonces el obrero libre, el orden económico empezó á asentarse sobre sólidas bases, pudiendo fácilmente desaparecer la esclavitud, ya que no se necesitaban más esclavos.

Tal fué la obra en que trabajaba la Iglesia católica cuando los Bárbaros ocuparon el Imperio romano y tales los resultados obtenidos por sus solas fuerzas.

Las líneas generales de este cuadro han sido ya fijadas con la más abundante y más exacta ciencia, figurando entre las autoridades que de él se han ocupado M. Wallon, para quien mis elogios de nada servirían. Su nombre aparecerá con frecuencia en estas páginas, y si algo puedé garantizarme la solidez de mi trabajo, es precisamente la conformidad de mis conclusiones con las del eminente autor de la *Histoire de l'Esclavage dans l'antiquité*. Me ha parecido, sin embargo, que vista la actitud tomada por la escuela histórica de que me ocupé al principio, queda aún lugar para una monografía que, apoyada en los resultados ya obtenidos y también en los trabajos hechos desde hace algunos años sobre la historia y la arqueología de los primeros siglos cristianos, encerrada, además, en estrechos límites cronológicos se propusiera preferentemente reproducir esa multitud de detalles íntimos, de episodios conmovedores ó grandiosos, esas partes vivas, pero secundarias, que difícilmente hallan lugar en el cuadro de una historia general.

Me ha parecido, sobre todo, que podría haber en los agitados tiempos en que vivimos un interés serio en estudiar de nuevo uno de los más grandes beneficios externos del Cristianismo. Y se cobran alientos al ver luchar en el pasado la Fuerza divina que tiene «las promesas de la vida presente y de la vida futura». Puede que la sociedad actual esté enferma; pero en todo caso lo está mucho menos que la sociedad antigua cuando el Cristianismo hizo su aparición. Esta se parecía á esos muertos del Evangelio, á quienes Jesucristo tomó de la mano para volverles á la vida; en nuestros más críticos momentos, más bien nos asemejamos á aquellos enfermos que en los bordes del camino ó de la piscina esperaban tendidos que Cristo, al pasar, los curase. A pesar de todo, nosotros sentimos dentro de nuestra alma el fuego de las creencias y de las virtudes que tienen su base en la idea cristiana; creencias y virtudes que, como verdadera sal que son de la tierra, enfrenarán siempre en un prudente límite los progresos de la corrupción. Por grandes que sean los problemas sociales que nos preocupan, jamás serán tan arduos como el de la esclavitud, y si los sofismas y las envidias, y á veces los padecimien-

tos reales y verdaderos explotados por malvados agitadores, amenazan en nuestros días las bases mismas de la sociedad, por lo menos tendremos la ventaja de que estas bases son sólidas, bien sentadas y tienen su fundamento y su arraigo en principios fuertes. Sin duda, pues, quedarán aún mucho tiempo en el estado en que el Cristianismo las puso cuando rectificó la falseada economía de la civilización antigua. No habiendo perdido la fe en la virtud social del Cristianismo, ¿á qué desesperanzarse cuando realizó en los tiempos pretéritos milagros mucho mayores de los que el presente ó el porvenir pueden exigirle?

Y los hizo, como demostrará el presente libro, con suprema dulzura, preocupándose, ante todo, de convertir á los individuos y de purificar los corazones, preparando la reforma de las instituciones, esclareciendo los espíritus y curando las voluntades, con lo cual renovó la sociedad sin destruirla, la enderezó sin romperla, conservando y transformando á la vez todas las cosas; en una palabra, operando la más grande, la más honda de las revoluciones sociales, como sólo el dedo de Dios pudo hacerlo. He ahí las enseñanzas de la Historia: á todos los que atentos aprovechan su lección, ofrece motivos halagadores de esperanza, y son de tal naturaleza, que hasta sirven para disipar los prejuicios de hombres sinceros, pero equivocados, ciegos, que se asustan de cualquier esfuerzo de la Iglesia en pro de la sociedad, y reciben con prevención, con desconfianza sus palabras y sus actos, atribuyéndole propósitos dominadores y de conquista, con lo cual demuestran desconocer su verdadero espíritu.

*Rouen, 1876.*



## LIBRO PRIMERO

### La esclavitud romana

#### CAPÍTULO PRIMERO

##### LAS CLASES POPULARES Y LA ESCLAVITUD

###### I

La libertad del trabajo, el libre acceso de todos á las riquezas son condiciones esenciales de la existencia de las sociedades. Allí donde faltan, todo languidece, todo muere, y la vida general funciona de una manera tan opuesta á la moral como á las sanas doctrinas económicas. Por el contrario, en las sociedades en que el trabajo es libre y sus resultados se hallan al alcance de todos, existe una abundante savia, renovada sin cesar.

El continuo cambio de esfuerzos y de servicios une á los hombres que luchan por conseguir riquezas, y también á los que las alcanzaron por su propio esfuerzo ó por el de sus antepasados. Unos trabajan para acrecentar ó conservar lo que adquirieron; otros para adquirirlo, y de ahí se deriva un movimiento ascendente que no se detiene, que endulza la vida, dando á los resortes sociales una maravillosa elasticidad, que impide que nunca determinada clase se aisle y se separe de otra cualquiera y que los hombres se inmovilicen, bien sea en la exclusiva posesión de la riqueza, ó bien en las privaciones de una pobreza sin esperanza.

Tal es la condición económica de las sociedades mo-